

Informe

Los maestros y testigos de la Iglesia primitiva: fuente común de autoridad, recibida de diversas maneras

1-6 de septiembre de 2008, Cambridge, Reino Unido

A la primera de una serie de consultas bajo el título “Tradición y tradiciones”, celebrada en el Westminster College de Cambridge, asistieron 24 participantes. El objetivo de la reunión era continuar los trabajos comenzados por el CMI en los años de 1960, y prestar particular atención a la cuestión de los maestros y los testigos de la Iglesia primitiva, a fin de examinar más a fondo la posibilidad de descubrir, redescubrir o volver a recibir algunas fuentes particulares de autoridad que puedan ayudarnos en nuestro camino juntos hacia la unidad de la Iglesia.

Nos alegramos de haber sido alojados en el Westminster College, centro de formación de la Iglesia Reformada Unida, en el que se preservan importantes documentos y tesoros históricos, y de la posibilidad de adentrarnos en el propio contexto de Cambridge donde la enseñanza teológica para el ministerio se imparte de manera totalmente ecuménica.

Los participantes procedían de muy diversas tradiciones así como de diferentes contextos culturales y de formación. Se logró un buen equilibrio de hombres y mujeres, laicos y ordenados, grupos lingüísticos, continentes y tradiciones. Nos fue muy grato recibir el aporte de tres teólogos jóvenes. Nos reunimos para escucharnos atentamente unos a otros, para conocer la aceptación que tienen los testigos de la Iglesia primitiva en las diferentes tradiciones, y la autoridad que tienen para cada uno de nosotros. Escuchamos ponencias y respuestas en el pleno y dedicamos tiempo a profundizar las cuestiones de autoridad y tradición en grupos pequeños.

Muchos participantes dijeron que la consulta había sido excelente, y que los había impresionado y fascinado la profundidad y la sinceridad de la discusión. Escuchamos atentamente. Reflexionamos con espíritu de oración. Teníamos la convicción de que el Espíritu Santo estaba con nosotros y entre nosotros. Es importante señalar que para algunos de los participantes se trataba de un tema de su predilección, que conocían a fondo y que abordaron con gran facilidad y afición. Otros plantearon muchas preguntas e incluso reservas acerca del estudio del tema de los primeros testigos, pues temían sentirse incómodos, y que no se tuvieran en cuenta sus reservas. Ahora bien, no creemos que esté demás decir que para muchos de los participantes esa consulta fue un momento importante, tanto en términos de posibilidades ecuménicas, como de redescubrimiento de ricas fuentes de tradición. Pudimos percibir diferencias de comprensión entre nosotros y, a veces, tuvimos la impresión de vivir en mundos diferentes, aunque predominó un sentimiento de reconocimiento y afirmación recíprocos y una creciente complacencia por el hecho de examinar la fe y la teología de forma ecuménica, en lugar de hacerlo por separado en las respectivas tradiciones. Aunque pudimos hablar de los eventuales peligros inherentes al estudio de textos de esos tiempos, también fue posible afirmar juntos la importancia de compartir unos con otros y de escuchar atentamente lo que nos dicen los textos que han conformado la vida de la Iglesia durante siglos, y por medio de los cuales Dios se ha dado a conocer y se ha arrojado luz sobre las Escrituras. Nos dijimos unos a otros que era necesario evitar el peligro de crear un halo de romanticismo entorno a los primeros testigos y de leer sus textos sin juicio crítico, aunque también nos alentamos mutuamente a pensar que no es posible permanecer apartados, parapetados en nuestra época actual, a la hora de confesar y de vivir la fe. Dios nos ha dado recursos a lo largo del tiempo, y no es posible separar nuestro testimonio como testigos del de los primeros testigos de la fe, porque estamos reunidos en la comunión de los santos.

Reconocimos que hemos recibido, una y otra vez, entre nosotros, en todas nuestras iglesias, tradiciones de la fe y testimonios, y que es mejor cuando se hace de forma ecuménica

dado que crecemos en la comprensión unos de otros y en disponibilidad para dar y recibir. Reconocimos que la cuestión creativa, aunque, a veces, molesta, de la relación entre Tradición y tradiciones no se plantea únicamente a nuestras iglesias, sino que es un problema que perturba nuestro mundo postmoderno en muchos lugares. En un mundo en el que suele predominar la soledad y la inseguridad, en el que algunos dejan de lado a los testigos de los primeros tiempos ¿cómo sería posible beneficiarnos todos de las riquezas de las fuentes de la tradición, al mismo tiempo que somos receptivos al Espíritu Santo en los nuevos tiempos en que vivimos? En un mundo en el que el fundamentalismo en sus diversas formas suele ser la respuesta preferida a los desafíos de la modernidad, ¿cómo podría la iglesia dar testimonio de la pujanza y las posibilidades de los primeros testimonios al mismo tiempo que ejerce una hospitalidad crítica a las nuevas ideas?

Hubo algunos momentos durante la Conferencia en los que todos estuvimos de acuerdo respecto de lo que pensábamos podían ser percepciones importantes. Afirmamos que las tradiciones que Dios nos da se describen y entienden mejor cuando se las considera como Tradición Viva, cuando no están anquilosadas y estáticas sino que las habita la energía dinámica del Espíritu Santo. Reconocimos que para algunas personas la palabra “tradición” en sí misma puede interpretarse como algo del pasado, algo conservador y estático, aunque lo que queríamos afirmar era un entendimiento de la tradición con una dimensión escatológica, llena del Espíritu. Asimismo afirmamos que la clase de autoridad que creemos que Dios dio a los maestros y testigos de la Iglesia primitiva no es una autoridad arraigada en una especie de poder político (*potestas*), que se impone desde el exterior, sino la autoridad enraizada en la integridad y la autenticidad (*auctoritas*), que se impone por sí misma, y es fuente de inspiración. Para todos nosotros, la autoridad de maestros y testigos de la Iglesia primitiva tiene su origen en este segundo entendimiento y no en el primero. Nos alegramos al comprender que era así entre nosotros.

Tradición y tradiciones

Nuestra consulta dio continuidad a las percepciones de la Cuarta Conferencia Mundial de Fe y Constitución que se celebró en Montreal en 1963, y a los trabajos que permitieron profundizar el tema en Bristol en 1967. Así pues, continuamos afirmando las ideas formuladas en esas reuniones y procuramos basarnos en lo que ya se había logrado. Reafirmamos las Escrituras como la fuente preeminente de nuestra fe común así como del testimonio que damos de esa fe. También nos alegramos de celebrar las mediaciones por las cuales la Tradición ha llegado hasta nosotros a través de las tradiciones, como las de los maestros y testigos de la Iglesia primitiva. Aunque la referencia a la ‘sola Scriptura’ conlleva una afirmación esencial de centralidad de la Escritura, no debería utilizarse para limitar los medios por los que las tradiciones que hemos heredado dan testimonio del Evangelio. A veces, percepciones teológicas importantes, utilizadas como eslóganes, han ocultado importantes fuentes de esperanza y de verdad.

Celebramos y afirmamos la forma en que las diversas claves hermenéuticas de interpretación de las Escrituras (a saber: la índole integral de las Escrituras, la encarnación, la expiación y la redención, la justificación por la fe, el mensaje de la inminencia del reino de Dios, las enseñanzas éticas de Jesús, lo que las Escrituras dicen a cada persona gracias a la inspiración del Espíritu Santo, la mente de la iglesia, la fe como es preservada por la Iglesia) siguen siendo importantes, y ya no son exclusivas de una comunidad. *Todas* esas claves hermenéuticas nos capacitan para aprender de Cristo. Un tema importante de la consulta fue que la experiencia de leer juntos a los maestros y testigos de la Iglesia primitiva ha fortalecido la convicción que muchos teníamos de que Cristo como Persona es la clave más importante de la lectura litúrgica y personal de las Escrituras.

Los participantes pusieron de relieve que el método histórico-crítico y otros instrumentos

hermenéuticos siguen siendo fundamentales para apoyar las formas en que hablamos de la Tradición y las tradiciones. Los centros de enseñanza superior suelen ser, en nuestros tiempos, lugares de *aproximación* ecuménica, y todos convinieron en que la investigación académica es importante porque permite corregir los puntos de vista confesionales a veces ingenuos en el proceso de transmitir las tradiciones.

Reflexionamos sobre la diferencia entre nuestra época y la de quienes se reunieron en anteriores consultas sobre esos temas. El contexto en el que nos reunimos ciertamente ha cambiado radicalmente desde 1963, año de la Conferencia de Montreal. En nuestra época, como respuestas gemelas al mundo postmoderno nos enfrentamos, por un lado, con el aumento de enfoques fundamentalistas de las tradiciones religiosas (aferrándose rigurosamente a las tradiciones), y, por otro lado, al peligro de que dejemos de lado las tradiciones por completo, de que las ignoremos, y olvidemos nuestra historia y la memoria común en una trágica especie de amnesia.

Fue sorprendente que, aunque procedíamos de una gran diversidad de tradiciones, hayamos logrado cierta unidad, al mismo tiempo que resistíamos a las tentaciones de uno y otro de esos peligros. Nuestra fe cristiana se basa en las Escrituras recibidas como revelación e interpretadas por nuestras respectivas tradiciones. Surgieron divergencias a la hora de evaluar si una determinada tradición preserva o amplía la plenitud de la Tradición o de la ortodoxia de la fe. Sin embargo, estuvimos de acuerdo en que los padres y las madres de la Iglesia antigua han sido, cada uno a su manera y en el consenso que los une mediante la Tradición, en un momento dado, o a través de las generaciones, los testigos vivos de la fe en Cristo vivida en el Espíritu Santo. De ahí que sean para nosotros maestros, ancianos, autoridades o testigos.

Hemos reconocido que, aunque la mayoría de las iglesias dicen prestar atención a los autores del período patrístico, esto no siempre es verdad en la práctica. Por otra parte, en diferentes períodos de la historia, esa atención puede haber tenido significados distintos, considerándosela unas veces como un movimiento radical o reformador y otras veces como un movimiento conservador.

Observamos que siempre existe una selectividad de los autores estudiados y de los textos utilizados por las iglesias. Esto nos indujo a poner en tela de juicio el criterio por el que determinamos lo que en los textos tiene una auténtica autoridad para la iglesia de todos los tiempos. También observamos que los trabajos de los primeros maestros y testigos han sido recibidos de muy diversas maneras, no sólo en los textos sino por medio de la tradición oral, la liturgia, la oración y los credos. Esos testigos tuvieron una influencia formadora en el entendimiento de la fe que nos ha sido transmitido, y cualquiera que sea nuestra actitud, que aceptemos sus trabajos, que los modifiquemos o que los rechacemos, estamos obligados a debatirnos con ellos, a criticarlos y a dejar que nos interpelen. Queremos oír la voz del Espíritu Santo que ellos escucharon y de la que dieron testimonio no sólo con sus palabras sino con sus vidas.

La Tradición es la obra dinámica del Espíritu Santo que nos conduce siempre nuevamente hacia la mente de Cristo. “¡Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir!”. (Ap 4:8)

Hermenéutica de la relectura ecuménica

En la enseñanza teológica contemporánea existe una tendencia a abordar el tema de “los Padres” en los cursos sobre teología histórica o sistemática, y en relación con la doctrina cristiana. Sería importante recuperar asimismo sus predicaciones y enseñanzas sobre las Escrituras. Cabe recordar que la experiencia de que existe una multitud de formas diferentes de leer las Escrituras corresponde sobre todo a nuestras tradiciones comunes. Estudiar la forma en que los primeros testigos leían las Escrituras nos ayuda a comprender cuán particulares son las maneras de leer que cada uno de nosotros ha aprendido. Nos ayuda a volver a examinar lo

que hacemos cuando iniciamos la lectura de un texto. Esos textos tienen autoridad por haber sido escritos en los primeros tiempos, y por ser nuevos para algunos de nosotros. Los testigos no interpretan los textos para nosotros, sino que nos enseñan cómo leerlos, y cómo leerlos con fidelidad.

Los primeros testigos y maestros nos ayudan a entender nuestra fe. Cuando la fe no es simplemente un asunto individual, sino que se forma y se comparte en una comunidad de entendimiento, los primeros maestros pasan a formar parte de manera definitiva de la comunidad y, por el hecho de ser los primeros y primitivos testigos, pasan a ser miembros privilegiados. Muchas veces dieron su vida por su fe y nos transmitieron las tradiciones que heredaron. Así pues, debemos recibirlos con respeto y ansia, aunque también con espíritu crítico. La iglesia es el Cuerpo de Cristo, comunidad vida en la tierra y en los cielos. Los primeros maestros y testigos forman parte de esa comunidad. No debemos ni despreciar el pasado con la arrogancia de la modernidad, ni anquilosarlo como si no pudiera evolucionar, sino recibir con alegría a nuestros antepasados en la fe (nuestros padres y madres) y escucharlos. Somos parte del Cuerpo de Cristo, del que también forman parte los primeros maestros como miembros vivos. Son importantes testigos de Dios en tiempos y situaciones muy diferentes de las nuestras y sus voces nos hablan hoy.

Como cristianos, para que se entienda quiénes somos, es importante recibir, una y otra vez, y transmitir las enseñanzas de los Padres con la fe de los primeros concilios. Así se forjará una identidad cristiana ecuménica que contribuirá a un vocabulario, una gramática y una sintaxis en común entre iglesias distanciadas, lo cual es un requisito previo esencial para el diálogo bilateral y multilateral.

Gracias al estudio de los diversos caminos seguidos por la recepción patristica en nuestras tradiciones, tenemos la capacidad de percibir las nuevas posibilidades de entender la forma en que el Espíritu Santo ha guiado a nuestras iglesias y comunidades eclesiales. Sabemos que la enseñanza correcta de la fe, clave hermenéutica que hace posible determinar nuestra fidelidad al mensaje evangélico, puede adoptar diversas formas según los contextos y los niveles de conciencia de las comunidades cristianas. Ese respeto a las diversas formas en las que actúa el Espíritu nos estimula a continuar, cada uno en su lugar, la labor de recibir las grandes síntesis doctrinales que hacen posible vivir en la realidad el kerigma evangélico.

No existe una única y sincrónica recepción del Espíritu en todos los lugares. Incluso dentro de cada tradición eclesial pueden ser posibles aplicaciones prácticas diferentes de la herencia patristica y apostólica según los diversos contextos en los que viven las diferentes comunidades. La iglesia primitiva era consciente de esa necesaria diversidad como se evidencia en la descripción de los diversos carismas de las iglesias en el libro del Apocalipsis. La riqueza del cristianismo consiste precisamente en ese intercambio de dones entre comunidades que viven cada una su forma particular de adhesión al Evangelio. Ahora bien, es con sujeción a esa condición cuando la iglesia puede ser una, santa, católica y apostólica.

Redescubrir la Patristica como una Tradición viva

La Tradición viva es de hecho una recepción dinámica de los respectivos tesoros de cada confesión. Es, para cada tradición, escuchar los signos del Espíritu, en particular mediante una relectura juntos de ciertos maestros de la Iglesia primitiva, y, en un comienzo, de aquellos que todos apreciamos como Irineo de Lyon, Basilio de Cesarea, Juan Crisóstomo. Sin embargo, sería conveniente ampliar ese espectro integrando las grandes figuras masculinas y femeninas de nuestras respectivas tradiciones como Juan Wesley, Catalina Booth, Martin Luther King, o Teresa de Lisieux. Estas figuras nos son queridas por muchas razones y, en particular, porque no dudaron en implicarse con sabiduría en debates populares o en cuestiones políticas relativas a la fe. Esta amplia lectura ecuménica nos permitirá eliminar algunos personajes del pasado que se añadieron identificándolos indebidamente con la Tradición. También nos permitirá enfrentar

juntos los desafíos de nuestro tiempo. Por ejemplo, entendemos que la Iglesia antigua aún no podía apoyar totalmente el mensaje de emancipación de los esclavos y la dignidad sin diferencias entre hombres y mujeres que nos aporta Jesucristo.

Examinamos a fondo la cuestión de la autoridad. Vivimos una crisis de autoridad en nuestra sociedad y en la iglesia. Muchos son los que procuran un testimonio auténtico de la verdad. Jesús enseñaba “como quien tiene autoridad” (Mateo 7:29). La tradición cristiana siempre ha entendido la autoridad de quienes continúan enseñando y transmitiendo su mensaje con autoridad - no ya en el sentido de “poder”, sino en el sentido de dar testimonio con autenticidad (*exousía*) e integridad. Esta es la razón por la que la iglesia ha reconocido que esos primeros testigos que enseñan con fidelidad a la fe de los apóstoles tienen autoridad, no sólo por sus obras escritas, sino por su santidad de vida. Se los aprecia por su proclamación de la Palabra mediante sus enseñanzas de la doctrina correcta (*ortodoxia*) y la calidad de sus vidas (*ortopraxis*). La armonía de sus palabras y obras les permite hablar, incluso hoy, con autoridad. Gracias a la orientación del Espíritu Santo, la iglesia ha sido inducida, en momentos decisivos de la evolución de su entendimiento del Evangelio, a reconocer y recibir su enseñanza como expresión de la fe común y de la mente de la iglesia. Sus percepciones, sus aclaraciones y su capacidad de penetrar en el misterio de nuestra fe común contribuyen a la acción y a la proclamación con autoridad del pueblo de Dios en el mundo de hoy.

La autoridad de las madres y los padres de la Iglesia procede de su íntima relación con el testimonio escritural, y queda confirmado en el consenso existente entre unos y otros. La propia unidad en la diversidad autentica su autoridad. Creemos que el Espíritu Santo actúa respaldando esa autoridad, en la propia autoridad y por medio de esa autoridad (*exousía*). Los primeros autores estaban estrechamente vinculados a la vida de las iglesias locales como obispos, presbíteros, y mujeres y hombres monásticos. En su calidad de teólogos pastorales, nos ofrecen una perspectiva acerca de cómo estar enraizados en el Evangelio y serle fieles en tiempos de crisis y de transición. Ellos demuestran que no existe contradicción entre la fidelidad bíblica y una genuina inculturación.

Un *consensus fidei* entre cristianos divididos en la actualidad sólo puede afirmarse cuando vivimos en consenso real con los padres en la fe de los primeros siglos que tenemos en común. Al escuchar las Escrituras junto con nuestros antepasados, aprendemos a escucharnos y a hablar unos con otros en el lenguaje, la gramática y la sintaxis de nuestro patrimonio común. Esto forma parte del camino hacia la unidad visible de la Iglesia en una sola fe y una sola comunión eucarística, para que el mundo crea. (Véase Juan 17:21)

Un “re-descubrimiento” de la Patrística como verdadera tradición viva será una fuente de unidad para las iglesias. Será necesario que escuchemos atentamente a los propios autores y que nos escuchemos unos a otros. Será necesario que leamos y redescubramos las tradiciones patrísticas, que pueden ser nuevas o extrañas para algunos de nosotros, y no simplemente utilizar citas de textos fuera de contexto para defender nuestras tradiciones vigentes. A medida que las tradiciones vivas nos interpelan y adquieren mayor importancia es necesario aprender de quienes han sido aceptados y reafirmados por el *consensus fidei*, aunque también es necesario volver a escuchar las voces proféticas de los padres y las madres. Es necesario volver a recibir y hacer una lectura crítica de esos autores y de sus textos. Y tienen cabida tanto una “hermenéutica de la confianza” como una “hermenéutica de la sospecha”.

Los antiguos autores y maestros de la fe siguen siendo una fuente valiosa para la comprensión del significado de la Palabra de Dios y para dinamizar la vida, la oración y la misión de la iglesia en el día de hoy. En diversos momentos de la historia, cada una de nuestras iglesias perdió de vista el rico tesoro de su testimonio para el entendimiento de nuestra fe común y de su potencial de dinamizar nuestro testimonio actual. En lugar de traducir a los padres mediante conceptos actuales quizás convendría aceptar primeramente que nos sean extraños, para que así puedan hablar con su propia sabiduría a nuestros tiempos. Lo que sí debemos examinar es el mensaje que el estudio de los padres ha comunicado a los fieles de la

iglesia. En la época de la Reforma eso significaba la renovación de la Iglesia, volver a las fuentes y encontrar nueva vida. Para muchos actualmente significa adherirse al pasado con objeto de conservar hoy un pasado estático. Necesitamos “traducir” lo que significa el estudio de los Padres y recibir un sentido dinámico de la comunión de los santos. Es necesario asimismo suscitar confianza al comprometerse con las primeras tradiciones y la historia lo que incluye un estudio honesto, franco y crítico impulsado por la voluntad de recibir nuevas cosas de lo viejo, una hermenéutica de la sospecha así como una hermenéutica de la confianza.

Hemos determinado dos formas por las que los primeros maestros de la iglesia pueden ser pertinentes ecuménicamente en el día de hoy:

Nos hablan de las cosas que son necesarias para la vida y la unidad de las iglesias. En este sentido tenemos que hablar de “Tradición” con una “T” mayúscula (*la parádoxis, mashlmonutho*). Dan testimonio y testifican de la tradición no escrita que puede preceder a las escrituras cristianas. El canon de las Escrituras nos fue transmitido por los primeros maestros de la iglesia, quienes formaron las primeras comunidades cristianas. Además, fueron los primeros que emprendieron la tarea esencial de interpretar las Escrituras. Podemos discrepar unos con otros acerca de algunos contenidos de esa Tradición oral, pero todos afirmariamos que fue entre estos primeros maestros que se conformó la Tradición.

Podemos encontrar un mayor sentido de unidad si somos más conscientes y más receptivos de la memoria colectiva de las primeras comunidades cristianas, la memoria que dio forma a la manera en que esas comunidades pensaron, vivieron, rindieron culto y entendieron las Escrituras, centro de la fe y de la práctica a la manera de Cristo.

Recomendaciones

- 1. que en las reuniones ecuménicas, sea en el CMI sea a nivel local, se prevean momentos para leer y estudiar juntos los textos patrísticos;**
- 2. que se cree un grupo permanente encargado de estudiar a fondo de forma ecuménica los principales textos, y de comunicar sus conclusiones a las iglesias.**